

SERMON PANEGIRICO  
DE  
SAN AGUSTIN, DOCTOR DE LA IGLESIA.

*Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audiui.*

Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído.

Lib. III Reg. cap. X, v. 7.

Ministros del señor, católico auditorio: El hombre sábio que emplea sus dotes de sabiduría en beneficio de sus semejantes, tiene un derecho indisputable al aprecio de las gentes y su memoria pasa de generacion en generacion, alabada en todas partes y mucho mas en su patria á la que honra con su ciencia. Salomon fué un sábio útil: favorecido de Dios, é ilustrado con sus soberanas luces, establece el buen orden en sus pueblos, afirma la paz en sus estados, eleva á Israel al colmo de la gloria, le instruye con su sabiduría, y le hace florecer sobre todos los imperios: El fué destinado para edificar el templo al Dios de la Magestad, y por su grande entendimiento adquirió justamente el renombre de sábio; por todas partes volaba la fama de sus hechos, y aun los mismos reyes le consultaban como

á un prodigio de sabiduría. La reina Sabá habia oido cosas extraordinarias con respecto á la sabiduría de Salomon; quiere ver por sí misma si es cierto cuanto se decia, y presentándose al sábio hijo de David, le hace preguntas ingeniosas y llenas de artificio, á las cuales contesta Salomon inmediatamente, mostrando su sabiduría en sus mismas respuestas. Admirada la reina Sabá tanto de sus discursos, como del buen orden que reinaba en su palacio, no puede menos de exclamar: «Verdaderas son las cosas que de tí habia oido en mis estados. Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído.» *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audiui.*

¿Y acaso, señores, me tachareis de exagerado, si aplico estas mismas espresiones que á Salomon fueron dirigidas, al grande Agustin, cuya fiesta celebramos? No lo creo: vosotros sabeis quien fué Agustin, á donde llegó su sabiduría y cuán útil fué por ella á la Iglesia de Jesucristo, suscitado por Dios para detener el rápido torrente de la impiedad, desolar el imperio del príncipe de Babilonia, y edificar sobre sus ruinas, é ilustrado del cielo para dispensar sus misterios, condujo con su celestial sabiduría á los fieles por el recto camino de la verdad y de la justicia. No es necesario mas que echar una rápida ojeada por las páginas de su maravillosa vida, leer con atencion las elocuentes obras que escribiera su docta pluma, para convencernos que Agustin fué rayo esterminador de la incredulidad, terror y espanto de las herejías, panegirista elocuente de la religion, luz de los concilios, orador sublime, filósofo sutil, teólogo profundo y controversista incomparable. Añadid á esto, que ha sido la admiracion no solo de su

siglo sino de los siguientes hasta el nuestro, el apoyo firme de la Iglesia, el defensor valeroso de la fé y el oráculo del mundo, y conoceréis si he tenido razon suficiente para aplicar á nuestro Santo las palabras de mi tema. *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.*

Agustin, señores, fué un sábio verdadero porque su sabiduría basaba sobre el sólido cimiento del temor santo de Dios: un sábio que no solo es grande á los ojos del mundo sino que lo es mucho mas á los de Dios: su sabiduría no es ya vana, orgullosa, inútil y seductora, como lo fuera en los tristes dias de sus pasados extravíos: es por el contrario una sabiduría ilustrada del cielo, purificada por la gracia, y dirigida por la religion: una sabiduría que él refiere á solo Dios, y con la que procura glorificarle, y ved un sábio humilde. Una sabiduría que emplea en beneficio de los hombres de todos los siglos y que favorecerá la religion, y ved un sábio útil. Tal es el carácter de la sabiduría del gran P. S. Agustin. Una sabiduría humilde que le santifica: una sabiduría útil que aprovecha á los demas. Tal va á ser la materia de su panegírico. *Agustin un sábio humilde.* Primera parte. *Agustin un sábio útil.* Segunda. En una palabra, Agustin un sábio cristiano, acreedor á que se le consagre el elogio dirigido por la reina Sabá á Salomon, consignado en el libro tercero de los Reyes. *Major es sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.*

Imploramos los divinos auxilios, etc. *Ave María.*

### PRIMERA PARTE.

¿Cuáles son, señores, los fines que la orgullosa sabiduría del siglo se propone, al cautivar con su elocuencia las atenciones del mundo? ¿Qué objeto mueve por lo comun al hombre de talento, para estender por todas partes los escritos que muestran la estension de sus conocimientos, la fuerza de sus argumentos, y los triunfos que consiguen los principios que defiende ya sean justos ó no? No son otras sus miras que adquirir estimacion entre las gentes, figurar entre los sábios, aumentar su propia gloria, y aspirar á ocupar un dia un asiento en las asambleas ó juntas de los grandes ingénios. La vanidad y el orgullo suelen caminar hermanados con la ciencia, razon por la cual, lejos de ser útiles á la sociedad, los sábios del siglo, son perjudiciales en extremo, toda vez que su ciencia no está basada en el santo temor de Dios.

Ved, señores, lo que fué Agustin en la primera época de su vida; en aquella época en que caminando sin brújula por el anchuroso mar de las pasiones, veíase adornado de disposiciones las mas felices para las ciencias, de talento no comun y asombroso ingenio. Deseaba brillar en el mundo, adquirirse reputacion de sábio, y se dedica á estudiar, mejor diré, á profundizar las ciencias, y de tal modo lo hizo, y tal era el ingenio que habia recibido, que bien pronto pudo considerarle el mundo como maestro, no de una sino de todas las ciencias: físico profundo, estudia la naturaleza, la observa, y sorpréndele en sus operaciones; dialéctico, sutil, vence siempre á sus contrarios con la fuerza de sus argumentos; humanista agrada-

dable, posee lo mas selecto de la erudicion, y lo mas encantador de la poesia y de la música; y en suma, orador elocuente, era dueño de los corazones encadenando los entendimientos. Pero su orgullo era tan elevado como su ciencia. El amor de su propia gloria, y la ambicion de distinguirse le domina sobre todas las demas pasiones, y desea y procura á todo trance adquirir el título de sábio, sin querer aguardar para ello á la edad madura, porque su ambicion no daba tréguas.

Y lo consiguió en efecto, pues que volando por todas partes la fama de Agustin, era la admiracion de los sábios por su perfecta comprension de todos los libros de Aristóteles, y cuando solo contaba veinte años de edad, enseñó la retórica en Cartago, mereciendo aplausos de los sábios; aplausos que producian necesariamente en su corazon los perniciosos efectos de aumentar su vanidad y soberbia, y Roma y Milan admiradas quedaron tambien á vista de la sabiduría de Agustin. Y ¿cómo no habian de admirarse, cuando veian en él una penetracion y una profundidad de conocimientos que le colocaban en la clase de aquellos hombres que uno solo basta para hacer famoso su siglo? Maestro á la edad de poco mas de veinte años, cuando otros que han sido sábios apenas han empezado á ser discípulos, consulta los astros, penetra los tiempos futuros, rompe el velo de los pasados siglos, se corona de laureles en los certámenes públicos, entra en relaciones con los grandes, y su nombre resuena en todas partes siendo reconocido como el hombre mas sábio de su siglo.

¡Qué feliz y dichoso podia el mundo considerar á Agustin en este estado, si para serlo bastasen las

ciencias! Pero no; él no era feliz, porque los laureles del mundo se marchitan; porque no pasan mas allá del sepulcro. Entregado á los placeres sensuales y envuelto en los errores de los maniqueos, aunque en el fondo de su corazon siempre los reconociera extravagantes, vivia casi olvidado de Dios, á quien solo acudia de tarde en tarde pidiéndole el don de la castidad, aunque casi con miedo de que se lo concediese, pues que se hallaba muy á gusto envuelto en el torbellino de sus desórdenes.

No es esta ocasion oportuna para que yo refiera los ruegos y lágrimas de su madre Santa Mónica, ni el terrible y porfiado combate de Agustin contra la gracia y la poderosa fuerza de la gracia que obra en él. Para esto tiene la Iglesia establecida su fiesta particular, en celebracion de su conversion. Pero sí os diré que despues de haber caminado y tal vez hecho caminar á otros por los senderos del error, fueron tales los poderosos influjos de la divina gracia, alcanzados por los ruegos y lágrimas de su santa madre, que vino á conocer sus extravíos convirtiéndose á Dios, á quien entrega desde el momento su corazon todo entero, sin reservar nada para el mundo. Las almas grandes en nada son medianas, ora se dediquen á la virtud, ora al vicio; hácese en el primer caso lumbreras de la Iglesia, astros luminosos que con su ejemplo guian á muchas almas á la felicidad eterna, y en el segundo mónstruos terribles que arrastrando tras sí á innumerables criaturas, las hacen tan desgraciadas como ellos. Tan vehemente fué en Agustin, pecador, el amor del mundo, el deseo de la fama y de immortalizar su nombre en los anales profanos, como en Agustin convertido su amor á Dios, el deseo de procurar su mayor

gloria, sus trabajosas y difíciles tareas por combatir unas herejías en las cuales estuvo él mismo envuelto por algunos años.

¡Cuán incomprensibles son, señores, á nuestra débil inteligencia los juicios de Dios! ¿Es posible la conversion de un hombre á los treinta y tres años de su edad, cuando merced á sus grandes talentos, á sus superiores conocimientos, vé sus sienes ceñidas de laureles, estendida su fama por todas partes, aplaudido de los sábios, honrado por los grandes, y admirado por todos? Lo es en efecto: en Agustin se vió confirmada esta verdad, pues tal es el influjo de la divina gracia. Tal vez diga algun rigoroso crítico, mejor diré, algun desgraciado envuelto en los errores, ¿no es vergonzoso en un sábio retroceder en la creencia? No, hermanos míos, no es retroceder volver al camino recto, cuando nos reconocemos extraviados. No se aparta del camino el viajero que reconociéndose perdido le busca con el objeto de no perderse mas. Agustin es un sabio, pero conoce con una luz superior que la sabiduría de la carne es tan sutil é indomable como enemiga de Dios (1), y ved aqui porque apartando de su corazon la vanidad y la soberbia que antes le dominaba, se propone emplear en adelante su ciencia en honor y gloria de aquel de quien la habia recibido.

¡Oh, sábios del mundo! ¡Oh, literatos y hombres científicos del siglo XIX que podeis con vuestras luces y escritos servir de guia á los pueblos combatiendo los errores, y procurando algun remedio á los horribles males con que la corrupcion de doctrinas amenaza á la Europa! Tomad el ejemplo de Agustin,

(1) D. Paul. ad Rom. c. VIII. v. 7.

que poseyó todas las ciencias: no creo que haya quien se atreva á disputarle ni el talento ni los conocimientos, ni la firmeza que tuvo antes de su conversion en las opiniones del error y la filosofia. Pues bien, no perded de vista que Agustin, en medio de su ciencia, á través de los aplausos del siglo, no encontró la paz, el reposo, la persuasion de la verdad buscándola en la Academia y el Gimnasio, sino únicamente en la doctrina de la iglesia católica (1). ¡Ah! permitió el Señor que Pablo se instruyese en las tradiciones del judaismo, para que despues pudiese con todo conocimiento defender la doctrina Evangélica, llegado que fuese el dia de su conversion, el dia señalado por el dedo de Dios para constituirle vaso de eleccion, maestro y Apóstol de las naciones. Así de este modo permitió tambien que Agustin, destinado para rayo esterminador de la incredulidad, estuviese algun tiempo envuelto en los errores, para que despues pudiese mejor destruirlos, y defender, esplicar y presentar al mundo con toda brillantez la doctrina del Crucificado.

La humildad, esta virtud preciosa que consagra todas las virtudes, empieza á reinar en el corazon de Agustin desde el momento mismo en que San Ambrosio derramó sobre su cabeza el agua de la regeneracion. La vanidad, la soberbia, el amor á los deleites de la carne, todo muere en Agustin, y cubierto ya con la estola de la inocencia que recibe en la sagrada piscina, busca el retiro, entregándose en él á un continuado ayuno, y á las mas rigurosas penitencias, empezando á escribir esas admirables obras

(1) Confes. Lib. IX. c. 4.

que son con tanto empeño buscadas y leídas por los sábios de todos los siglos.

La Providencia divina, cuyos designios son incomprendibles, le conduce á Hipona, donde á pesar de su resistencia, de sus elocuentes argumentos, fué sorprendido y elevado á la dignidad sacerdotal; es decir, de siervo y doméstico pasó á ser amigo y confidente del Señor: (1) alegróse la iglesia, llenóse de regocijo esta esposa inmaculada del Cordero que vé siempre en el sacerdote sábio y virtuoso una columna firmísima que sostiene su doctrina, sus virtudes y su gloria. (2). Cada sacerdote puede decirse que es un Dios sobre la tierra; por lo tanto debe representarle, con su doctrina, su caridad, su humildad y toda clase de virtudes: el sacerdote ofrece y tiene por víctima al Cordero inmaculado, por lo que debe exceder en pureza á los mismos ángeles, y como mediador entre Dios y los hombres, debe ser una víctima agradable; porque por tanto es escogido el sacerdote entre los hombres para que representándole á veces ante Dios, y ejerciendo otras las funciones del mismo Dios para con ellos ofrezca dones y sacrificios por nuestras culpas, y alcance gracias y favores de su misericordia (3). Agustín conoce lo encumbrado de su ministerio y los deberes que impone: sabe que el poder que le dá su nueva dignidad es superior al de Josué cuando enfrena el sol en su

(1) Jam non dicam vos servos sed amicos quia omnia quaecumque audivi á Patre meo nota feci vobis.—Joan. XV. Pontif. Rom.

(2) S. Próspero llama á los Sacerdotes: columnæ firmissimæ quibus in Christo fundatis innititur multitudo credentium. Lib. 2. de vit. contemp. sacerd. c. 3.

(3) Omnis namque pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in his quæ sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis. D. Paul. ac Heb. c. V.

veloz carrera, obedeciendo Dios á su mandato, según la espresion de la Escritura Santa (1): contempla que en la antigua ley, sombra y figura del sacerdocio y sacrificio de la ley de gracia, se encargaba con esmero á los levitas se purificasen para tocar los vasos del Señor (2), y esto le hace comprender la sensibilidad y pureza que debe adornar al dispensador del cuerpo de Jesucristo; que si á aquellos se les decia que fuesen santos porque lo era el Dios á quien servian (3), grande debia ser la santidad del que continuamente tiene á su Dios en las manos y en el pecho, y estas consideraciones le hicieron exclamar: ¡Qué hombre habrá tan impío, que se atreva á tocar con manos encenagadas este Sacramento terrible? (4).

Consideremos, pues, señores, la vida interior de este ministro de Jesucristo, de este sábio humilde. Funda con anuencia y beneplácito de su Prelado, un monasterio, al cual acuden en seguida gran número de sugetos recomendables por sus buenas costumbres, escribiendo el santo la regla de su orden para el arreglo de aquella su naciente comunidad, maestra y madre de tantas como habian de poblar el mundo cristiano; orden religioso que tan venerado habia de ser en todos los siglos por el gran número de santos y de sábios que ha dado á la iglesia de Jesucristo. Esplicar, señores, el modo como se entregó á la práctica de la virtud dentro del cláustro, los triunfos que consiguió para la iglesia con su

(1) Obediente Domino voci hominis. Josu. c. X.

(2) Mundamini qui fertis vasa Domini. Isaias c. LIII. v. 11.

(3) Sancti estote quoniam ego sanctus sum.

(4) Qui adeo impius erit, qui lutosi manibus sacratissimum Sacramentum tractare presumat. D. Aug. S. 244 de temp.